

El Mago de Aguas Buenas (Leyenda)

Por: Cayetano Coll y Toste
Tomado del Frontuario Histórico de Aguas Buenas
Autor: Enrique Díaz Maldonado

La gota de agua filtrada por entre los terrenos calcáreos y arrastrando el grano de cal y el de arena, ha formado concavidades inmensas en las montañas. Una de estas maravillas sorprendentes en nuestra Isla son las Cuevas de Aguas Buenas. Los indígenas trogloditas las conocieron y las habitaron. Los hombres más civilizados que vinieron después, las despreciaron y olvidaron.

Allá para mediados del siglo pasado, vivía en estas grutas un anciano enjuto, de luengos años y luenga barba. Le llamaban El Mago y era el consejero y médico de toda aquella comarca. Curaba con las plantas del contorno y era singular ver la romería de campesinos acudiendo a pedir auxilios al que les devolvía la salud sin exigirles remuneración ni gastos de ninguna especie.

La fama del Mago de Aguas Buenas se iba extendiendo y llegó a echar raíces en el pueblo. Un día que el Alcalde se vió muy apurado con un hijo enfermo y desesperaba de salvarle, acudió a la montaña en demanda de consejos y yerbajos del misterioso anciano. Llegado a las cuevas echó a pie a tierra, amarró su cabalgadura en un guayabo y se internó en la caverna.

-¿Qué queréis? - le dijo el Mago.

-Tengo un hijo moribundo y vengo a que me ayudéis a salvarlo.

-¿Quién eres tú?

-Soy el Alcalde...

-Bien. Dime de lo que sufre tu hijo y te ayudaré en lo que pueda.

Cargado de plantas iba ya el Alcalde a montar a caballo, cuando el Mago lo detuvo y le dijo con voz ronca como soplido de fragua:

-Me queda poco tiempo de vida, pero te voy a revelar algo del porvenir para que toméis providencias, vosotros que vivís al día despreocupadamente. El hombre pasa y vuelve y pasa; pero Dios no pasa nunca. La humanidad sin él sería inmunda escoria. Como hombre soy una arista, como agorero soy la luz. A fines de este mes habrá un fuerte huracán, después una serie de temblores de tierra y luego revolución aquí, en Cuba y en España y, por fin, rodará por tierra el trono de Isabel II...

-No me diga usted más - le contestó el Alcalde azorado y mirando a todas partes. Y se fué...

-¿Qué desea el Alcalde de Aguas Buenas?

-Mi General, tengo que hacer a V.E. revelaciones importantes.

-Pues, usted dirá. Sentaos.

-En mi pueblo hay unas cuevas maravillosas, donde vive un hombre muy viejo y muy raro, curandero de todos aquellos campos, quien me ha dicho cosas graves...¡Gravísimas!

-¿Qué ha dicho?

-Que este mes habrá un fuerte huracán y grandes temblores de tierra y revolución en Puerto Rico, Cuba y España y que Su Majestad la Reina, que Dios guarde, será destronada...

-¡Ah, ah! Ese debe ser algún filibustero disfrazado de viejo. La propaganda separatista cunde por toda la Isla. ¡Cuidado que no sea Betances! Tome usted de él una filiación y me la envía inmediatamente, que hay que copar y poner a buena sombra ese tunante.

El Gobernador se olvidó de las revelaciones del Alcalde de Aguas Buenas, por tener que atender asuntos de mayor interés. Pero, venido el 29 de octubre y experimentándose el terrible huracán de San Narciso, volvióse a acordar de las predicciones del sospechoso agorero. A esto tenía que añadir los partes reservados recibidos del Coronel Balboa, de que se conspiraba en el oeste de la Isla, bajo la presión de Betances, que se hallaba en Santo Domingo agitando la revolución.

Entonces ordenó, a mediados de noviembre, la captura del viejo sospechoso.

III

El gobernador Marchesi llamó al Jefe de su policía secreta y le dijo:

-Prepara usted diez hombres valientes y de confianza. Partan disimuladamente a las cuevas de Aguas Buenas y apresen un viejo solapado que vive en ellas, y llaman los vecinos El Mago. No hablen con el Alcalde de dicho pueblo, porque no es genuino, y tiene la mancha de plátano. No hay que fiarse de él. Cogido ese tuno me lo traen al Correccional bien aherrojado y luego venís a avisarme.

IV

Los esbirros del Gobierno, bien disfrazados y mejor armados, se pusieron en viaje a las cuevas de Aguas Buenas el 18 de noviembre de 1867, muy de madrugada. Precisamente el mismo día que de tres a cuatro de la tarde hubo un fuerte temblor de tierra, víspera de Santa Isabel, y principios de una serie de movimientos sísmicos que tuvo en consternación toda la isla durante un año.

Llegados los perseguidores a las cercanías y soledades de las grutas, desmontaron de sus cabalgaduras, y machete en mano tomaron la entrada del antro. Luego penetraron dos esbirros con grandes precauciones. Y así entraron los diez.

Encontraron en el primer salón un montón de cenizas como si recientemente hubiera habido allí un gran fuego. Después fueron entrando por las turtuosas galerías, no dejando de admirar aquellos portentosos pórticos y las brillantes estalactitas y estalagmitas. Pronto se vieron precisados a encender las antorchas para hacer la búsqueda en el fondo de la caverna. Los bloques de granito interrumpían el paso. Los negros murciélagos revoloteaban a diestro y siniestro, como disgustados de ver que los molestaban en aquellas profundas soledades. Los alguaciles husmeaban al Mago por entre las grietas, pero el astuto nigromante no aparecía por ninguna parte.

De pronto sintieron la tierra temblar bajo sus plantas y oyeron un ruido sordo y prolongado. La bóveda de granitos parecía que iba a desplomarse. Se desprendían grandes piedras de la altura y algunos paredones se agrietaban. Mudos y aterrados salieron huyendo de la caverna. Afuera se contemplaron unos a otros y estaban pálidos y ojerosos. La tierra seguía temblando...

-¡Vámonos de aquí! - dijo con voz siniestra el que hacía de Jefe.

-¿Sin el preso? - murmuró uno de la legión perseguidora, temiendo las consecuencias del fracaso.

-¡Sí, sin el brujo! Aquí hay encantamiento y nosotros no podemos luchar contra Satanás.

-¿Y qué cuenta daremos al Gobernador? - añadió otro con lúgubre acento.

- Le diremos que las cuevas están embrujadas. Que no ha sido posible dar con el perverso Mago. Y como testimonio de que hemos explorado toda la caverna, le llevaremos estos objetos calcinados...

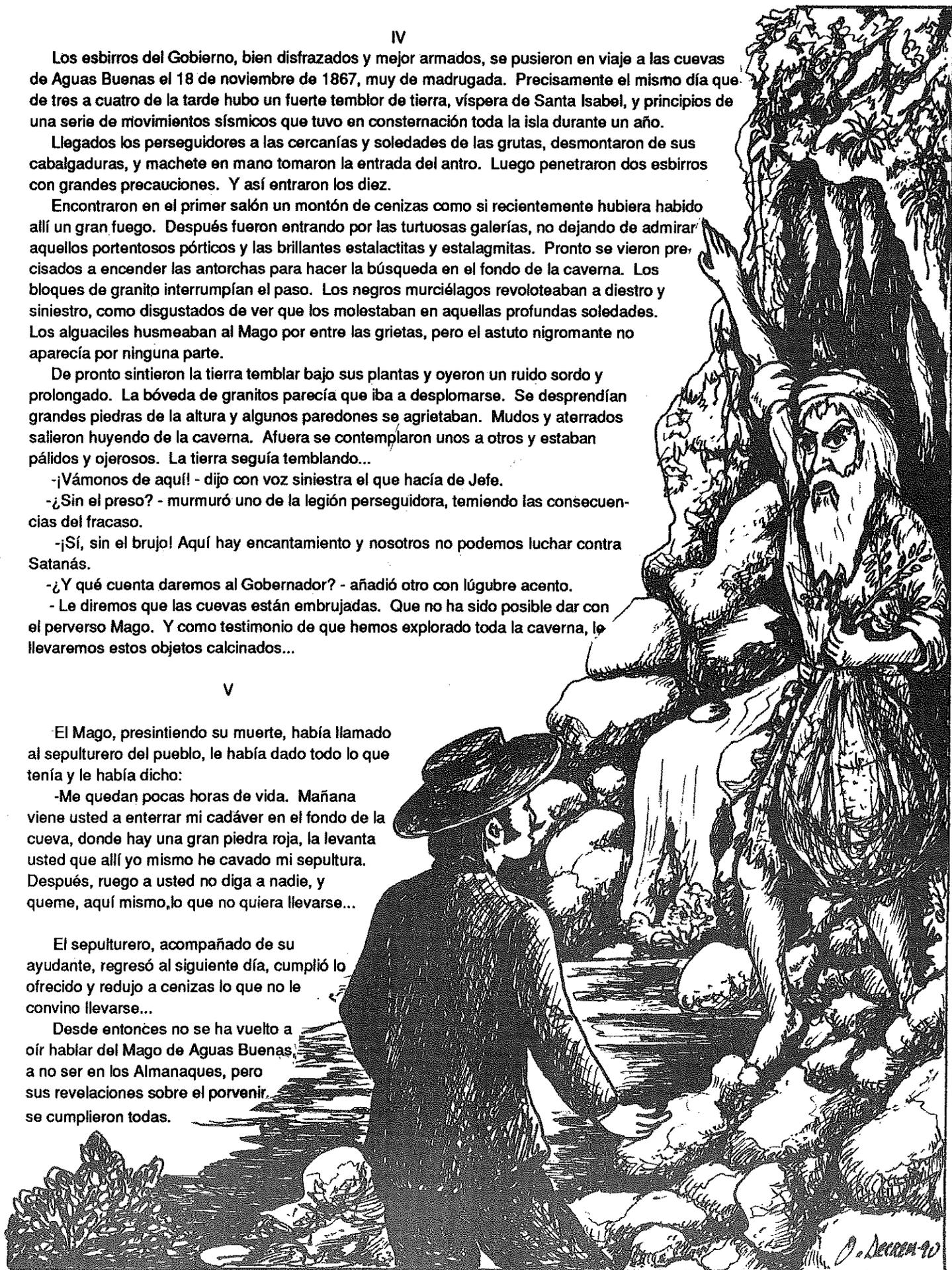
V

El Mago, presintiendo su muerte, había llamado al sepulturero del pueblo, le había dado todo lo que tenía y le había dicho:

-Me quedan pocas horas de vida. Mañana viene usted a enterrar mi cadáver en el fondo de la cueva, donde hay una gran piedra roja, la levanta usted que allí yo mismo he cavado mi sepultura. Después, ruego a usted no diga a nadie, y queme, aquí mismo, lo que no quiera llevarse...

El sepulturero, acompañado de su ayudante, regresó al siguiente día, cumplió lo ofrecido y redujo a cenizas lo que no le convino llevarse...

Desde entonces no se ha vuelto a oír hablar del Mago de Aguas Buenas, a no ser en los Almanagues, pero sus revelaciones sobre el porvenir, se cumplieron todas.



O. Decena '90